

Cada lengua tiene el sistema ortográfico que se merece

Each language has the orthographic system it deserves

María Agustina Miranda

Universidad de Buenos Aires

mariaagustina.miranda@uba.ar

ORCID: [0000-0002-9367-755X](https://orcid.org/0000-0002-9367-755X)

Recibido: 18 de octubre de 2021

Aceptado: 12 de noviembre de 2021

RESUMEN. La escritura constituye un invento revolucionario de la humanidad. A partir de ella hemos podido desarrollar conocimientos que de otra forma no hubieran tenido lugar. Sin embargo, la concepción sobre los sistemas de escritura y su transformación a lo largo del tiempo ha tenido consecuencias tendientes a respaldar ciertas formas de racismo y de superioridad de las lenguas hegemónicas occidentales. En este ensayo revisaremos los orígenes de la escritura, las diferencias entre los distintos sistemas ortográficos y las reflexiones asociadas a las diferencias entre ellos como parte de una deformación o naturalización de algunas concepciones que van más allá de la escritura como tecnología y que funcionan como argumentos del avance en el desarrollo del pensamiento de las culturas occidentales hegemónicas.

Palabras clave: escritura, sistemas logográficos, sistemas alfabéticos, mitos

ABSTRACT. Writing is a revolutionary invention of humanity. Thanks to its invention we have been able to develop knowledge that otherwise would not have taken place. However, the conception of writing systems and their evolution over time has had consequences tending to support certain forms of racism and superiority of the western hegemonic languages. In this article, we will review the origins of writing, the differences between the different orthographic systems and the considerations associated with the differences between them, understanding this as part of a deformation or naturalization of some conceptions beyond writing as a technology. This functions as arguments of the progress in the development of the thought of the hegemonic western cultures.

Keywords: writing, logographic systems, alphabetic systems, myths

1. De mitos y escrituras

La noción de representación de un sonido mediante un símbolo gráfico es en sí misma un salto tan asombroso de la imaginación que lo notable no es que se haya producido en un momento relativamente tardío de la historia de la humanidad, sino que de hecho haya llegado a producirse. (Goody 1986)

Cuando escuchamos la palabra *mito* todxs¹ podemos dar una definición o intentar esbozar un significado. Algunxs de nosotrxs podremos hasta recordar alguno que escuchamos: *Rómulo y Remo, La caja de Pandora, El origen de Medusa, el de Narciso o Prometeo...* Pero también solemos entender al mito como algo que circula como una creencia firme, aun cuando no dispongamos de evidencia que lo avale: que usamos un pequeño porcentaje del cerebro, que el hemisferio izquierdo es el lógico-analítico y que el derecho es holístico y global, que el cerebro es distinto según el género, que el frío causa resfríos, que escuchar a Mozart nos hace más inteligentes...

En *Mitologías* (1999 [1957]), Barthes incluso define que un mito es un “habla”, un sistema de comunicación, un mensaje, una forma de significación. Y esto significa que, en realidad, **todo discurso puede ser un mito**. El mito en sí no se constituye por su mensaje, sino por la forma en que se lo profiere. Esto significa que lo definitorio de un mito es aquello que se agrega a la materia del lenguaje, esto es, la *forma* adquiere un **uso social determinado**. ¿Esto qué significa? Que un mito es, entonces, la *significación* que adquirirá cualquier discurso que va más allá de aquello que efectivamente se dice, *sumando* al sentido una serie de conceptos que tienen que ver con concepciones sociales, usos, costumbres y hasta prejuicios. Lo interesante es que el vínculo que une el sentido de determinado discurso al concepto del mito es esencialmente una relación de *deformación*. El mito en sí mismo no oculta nada, sino que deforma. Y, además, no es una mentira o una confesión, sino que puede considerarse una inflexión. El principio mismo del mito está en que transforma “la historia en naturaleza”, esto es, naturaliza ese nuevo concepto asociado.

¿Y por qué hablamos de mitos cuando queremos aquí hablar de sistemas ortográficos? Porque parte de los aportes propios de los estudios lingüísticos sobre la

¹ En este trabajo se ha decidido utilizar la forma no binaria con x para referir a personas de cualquier género. Este gesto se constituye como un aporte a la reflexión sobre los debates políticos y transformaciones sociales en relación con el orden heteropatriarcal también en el ámbito de difusión y modos de construcción para la circulación de conocimientos.

escritura lograron perpetuar algunas consideraciones o crear algunos mitos que van más allá de la escritura como tecnología, proceso cognitivo o herramienta y que han sostenido una serie de prejuicios sobre las lenguas y sus sistemas ortográficos. Esto no sería nada grave si no trajera aparejado una serie de argumentos que han permitido también reforzar ciertas formas de racismo y discriminación, entre las que contamos la superioridad de lxs occidentales por sobre lxs asiáticxs. Este es el mito que intentaremos desentrañar. Hagamos las veces de mitólogxs e intentemos encontrar la base de la naturalización de esas afirmaciones para descubrir y explicar cómo se ha deformado esta significación. Y cuáles son sus consecuencias.

2. *Verba volant, scripta manent* (las palabras vuelan, la escritura permanece)

A pesar de que la cantidad de estudios y publicaciones en algunos ámbitos de la lingüística no la reflejen con la profundidad que merece, la escritura como *tecnología* es uno de los inventos más maravillosos de la humanidad. Su importancia social muchas veces ha quedado subestimada. Sin embargo, la escritura comporta en sí misma la cualidad de “dividir la línea del tiempo” en historia y pre-historia. Y, además, permitió una revolución en muy diversos ámbitos: posibilita un tiempo de reflexión que la oralidad no permite, por lo que es aliada del surgimiento de las ciencias, posibilitadora de la literatura escrita y hasta transformadora de las formas educativas.

Cuando pensamos globalmente en la lengua, estamos haciendo referencia a sus dos formas, oral y escrita. El pensamiento moderno tiene fuertemente arraigado el proverbio latino *verba volant, scripta manent* lo que parafraseando podría ser “las palabras vuelan, la escritura permanece”. Esto implica, entonces, que la comunicación oral queda sometida a la fugacidad y que la escritura tiene una clara función o misión, la de conservar la palabra, permanecer.

¿Qué es, entonces, “escritura”? ¿De dónde proviene la palabra? Etimológicamente, las lenguas románicas nos sugieren retroceder al latín *scribere*, que significa “trazar caracteres”. Esto, a su vez, nos lleva a la raíz indoeuropea **ker/*sker* que implica la idea de “cortar”, “realizar incisiones”. Las sociedades que inventaron estos sistemas de escritura la denominaron a partir de lo que significaba -de alguna manera y en un principio- el *acto* de escribir. Equivalía, entonces, a arañar, a realizar incisiones,

posiblemente en las primeras vasijas que se utilizaron como soportes. Incluso en sánscrito, la raíz *likh* significa igualmente “dibujar” o “raspar” y “escribir”.

En las raíces semíticas también encontramos convergencia semántica. La raíz árabe *ktb* remite tanto a la idea de “dejar rastros con los pies del caminante” como a la idea de “reunir, juntar letras”. Existe otra raíz semítica, *zbr*, que significa “tallar en roca” o “apilar piedras una sobre la otra para levantar un muro”. Por último, en cuanto a las *runas*, su nombre alude a la idea de “misterio del río”, en islandés antiguo *runar*, que significa “secreto”.

Aquí tenemos cuatro ideas que podemos extraer de los significados etimológicos: “cortar”, “tallar”, “reunir” o relacionar algunas cosas y “secreto”. Podemos inferir ciertos rasgos de significado que acercan sus orígenes a lo que hoy conocemos como *escritura*: la idea de “juntar letras”, la idea de “trazar caracteres” y la idea de “secreto”, siendo una de las primeras funciones que cumplió esta habilidad. Sin embargo, esto no implica que la escritura nació “unida” a la oralidad, ni que comenzó como una representación del habla. En sus orígenes, oralidad y escritura no estaban tan ligados como ahora parecen estarlo, por lo menos en las lenguas alfabéticas. El mito del que queremos hablar tiene justamente que ver con esto: a lo largo de los años y de los estudios sobre cómo se fueron transformando los diferentes sistemas de escritura se logró asociar estos cambios (quizá sin querer, quizá queriendo) al avance de las sociedades que lo utilizaron. En este sentido, serían “más evolucionados”² aquellos que representan la lengua oral y se debería a que las sociedades de las que provienen son también más evolucionadas, más desarrolladas, más civilizadas. Aquí *deformación*, primero, *naturalización* después.

Analicemos brevemente el origen de las escrituras y sus funciones sociales para poder observar, en el devenir histórico, cómo fueron deformándose estas concepciones y gestándose algunas de estas ideas que transforman, también a la escritura, en un mito de superioridad.

² Entendemos que el uso de la palabra *evolución* puede resultar problemático, especialmente porque aquí no hay, en realidad, evolución. Es un hecho que las lenguas cambian, y también lo es, como iremos analizando, que los sistemas de escritura han ido *transformándose*, pero esto poco tiene que ver con una *evolución* en su sentido estricto. Sin embargo, utilizaremos el término solo en los casos en los que resulte significativo para demostrar el punto clave de este artículo: que existe una tendencia a comprender a los sistemas de escritura alfabéticos como “mejores” en relación con otros sistemas. Y esto será, de un modo u otro, espejo de la “evolución” de sus sociedades (por lo menos, una evolución en términos del pensamiento hegemónico occidental).

3. ¿Cómo nace la escritura?

Los seres humanos ya hablan, dibujan, fabrican utensilios y armas, cazan y cosechan... pero ¿cuándo comienzan a escribir? ¿Cuándo comienzan a consignar sobre piedra, sobre las paredes de una caverna, sobre huesos, o pieles lo que ya son capaces de expresar gestualmente? La respuesta está en las llamadas *manos en negativo*.

La hipótesis es que estas primeras formas de escritura representaban la gestualidad, propias indicaciones de los cazadores del arte parietal. Las investigaciones demuestran que en determinado momento histórico el ser humano desarrolló un código manual (cacerías, guerras y fases lunares) y se las ingeniaron para transcribir esos códigos, como lo prueban ciertas transcripciones en las paredes de las grutas (“Fuente del Salín” o “El Castillo” en España o “Cueva de las manos pintadas” en Argentina).

Pero tal y como podemos entenderla hoy en día, fueron los sumerios los que inventaron la escritura. Su origen puede decirse que fue, en esencia, bastante prosaico: surge entre el 3300 y el 2900 a.C. a partir del desarrollo urbano y las necesidades administrativas que su organización exigía. El pueblo de lengua sumeria Uruk, situado en la baja Mesopotamia a la orilla izquierda del Éufrates, comenzó a utilizar una especie de “fichas” que encerraban en recipientes con barro con la función de ser una suerte de garantía de los contratos. Se guardaban y sellaban, por ejemplo, la cantidad de fichas que se correspondían con la cantidad de cabezas de cordero que se debían o también se almacenaban determinadas fichas que, por su forma, se correspondían con determinado número de cabezas. Por lo tanto, había comenzado el principio rector de la escritura: representar *algo* de manera *simbólica*. Pero más allá de este incipiente inicio, fueron los mismos sumerios los que, en tablillas de arcilla, escribieron los primeros *pictogramas*. Cada uno de los signos trazados representaba un objeto o un animal. El sistema contaba con más de dos mil pictogramas ya en sus comienzos. Los primeros “textos” responden a gestiones de bienes particulares o administración del Estado (por ejemplo, leyes, tratados, etc.). Luego, en lugar de “dibujar” sobre arcilla, los sumerios intentaron “imprimir” con la ayuda de una caña acabada en bisel. Cuando se apoyaba el cálamo en arcilla se podía obtener una huella triangular en forma de cono: de allí derivará el nombre que luego se le otorgó a este tipo de escritura *cuneiforme*.

Los primeros alfabetos con grafos que representan sonidos aparecieron recién

alrededor del año 1700 a.C. y también tuvieron origen semítico. Los antiguos fenicios distribuyeron esta tecnología por el Mediterráneo, siempre con fines comerciales. Los antiguos griegos (quienes comenzaron a escribir de izquierda a derecha) le agregaron las vocales, con lo que el alfabeto se independiza de los contextos de uso, logra desambiguar muchas inscripciones, se democratiza y amplía su rango de acción. Por otro lado, una cuestión que resulta clave es que este tipo de escritura permitió garantizar que quienes supiesen leer también supiesen escribir. Esta situación no estaba garantizada en la escritura pictográfica, ya que no todos podían producir esas formas escritas, independientemente de su capacidad para interpretarlas.

Dadas las funciones de la escritura y las tecnologías disponibles para ejercitarlas (soportes, elementos de grabado, etcétera), ésta estuvo disponible para un conjunto pequeño de la población. Muchas veces las castas sacerdotales y las castas gobernantes guardaron esta tecnología para sí. Solo una élite sabía leer y escribir³, o una élite controlaba a un grupo especialmente entrenado llamado *escribas*.

Ahora bien, la escritura cumple una función social, en tanto se considera una práctica cultural. Una de las funciones que históricamente se le atribuye a la escritura es la de ayudar a la “memoria”. Sin embargo, sabemos que una grafía es mucho más que una simple ayuda a la memoria: es un sistema codificado de signos visibles por medio del cual un escritor puede determinar las palabras exactas que el lector diría sobre ese texto. Además, la escritura tampoco es un mero apéndice del habla. Dirá Ong (1982) que en tanto genera una especie de traslación de un sentido hacia otro, del oído a la vista, no puede sino transformar tanto el habla como el pensamiento. La urbanización proporcionó el incentivo para crear un método de registro, pero el uso de la escritura para creaciones (para producir literatura, por ejemplo) aparece bastante más tarde en la historia de las grafías. Esto implica que, en oposición a la lengua oral, la lengua escrita ha podido *significar* y generar un impacto (revolucionario, por cierto) de manera progresiva. Con esto queremos decir que los usos de la escritura fueron ampliándose progresivamente, potenciando lentamente las capacidades de reflexión y creación de nuevos conocimientos (con ese tiempo necesario que proporciona la no-inmediatez y la perdurabilidad del material escrito). Hay, por lo tanto, una historia de la escritura, pero también de su función social, entre una simbolización marcada, en principio, por la discontinuidad, que irá

³ Nos atreveríamos a decir que la universalización de la enseñanza de la lectura y de la escritura, tal como la conocemos hoy, es un problema de la segunda mitad del siglo XX.

tomando nuevas formas, formas de decir y de expresar, de escribir, representar, simbolizar y permitir luego continuidades, construcciones.

Las explicaciones que la humanidad ha intentado sobre el origen de las escrituras o de cómo ésta se inventó tienen, por el contrario, un curioso efecto. Así como la Torre de Babel –propuesta judeocristiana sobre el plurilingüismo– explicaría el origen de todas las lenguas, las fábulas que intentan explicar el origen de la escritura la presentan como un todo: una vez que se configuraron las lenguas, las escrituras surgieron por añadidura. Esto impactará en lo que llamaremos “el sentido común” y las naturalizaciones de los significados asociados a las funciones sociales de la escritura. La fábula china del origen de la escritura contaba que el dios amarillo, Huang Di, envió a Chang Ji, quien observó las huellas que dejaron los pájaros y otros animales y tuvo la inspiración de utilizarlas para distinguir entre las diferentes cosas, inventando la escritura. Los mayas recibieron el invento de la escritura de parte del dios del tiempo, Itzmna. Los Aztecas, del dios del viento, Quetzacóatl, la “serpiente emplumada”, quien fue también el inventor del arte. Y los egipcios también la recibieron del protector de los escribas, el dios de las artes, Toth. Aquí vemos por lo menos tres cuestiones que tenemos que notar. La escritura se contempla como algo perfectamente cerrado y concluso desde el mismo momento de su nacimiento. Es un regalo de los dioses, no posee historia, no ha conocido formas embrionarias y ha sido otorgada a la humanidad (y a la lengua) en su forma perfecta y definitiva de instrumento de transcripción.

4. Formas y formas de escribir

En contraste con las explicaciones de las fábulas, los lingüistas realizaron diferentes clasificaciones de las formas de escritura y sus etapas. El sistema saussureano es binario. Por un lado, existen sistemas ideográficos, mediante los cuales la palabra es representada por medio de un signo único, diferente a los sonidos de los cuales se compone. Por el otro, los comúnmente llamados fonéticos, que intentan reproducir la cedencia de los sonidos que se suceden en la palabra. Gelb (1952/1993), que presentó una clasificación en estadios, reconoce sistemas logográficos en los que los signos transcriben las palabras, sistema logo-silábicos que emplean signos logográficos y algunos silábicos, escrituras silábicas en las cuales los signos transcriben las sílabas de la lengua y escrituras

alfabéticas cuyos signos transcriben los fonemas de la lengua.

La transformación de los sistemas de escritura implicó, entonces, el pasaje de la representación del *significado* a la del *sonido*. En el caso de los sistemas logográficos, lxs lectorxs reconocen las unidades del sistema de escritura como unidades de significación completa, mientras que lxs de los sistemas alfabéticos exhiben la habilidad para reconocer y manipular segmentos (establecer conexiones entre letras y segmentos sonoros). Esto es, comprenden el *principio alfabético*: todo fonema de la lengua oral se representa mediante un símbolo escrito, representación que refleja en forma icónica el orden de los sonidos de la lengua.

Al evidenciar esta serie de transformaciones en el devenir de la historia, reconocemos entonces que el desarrollo de sistemas de escritura que resultaran útiles y eficientes surgió lentamente. Esto contrasta directamente con las explicaciones sobre los orígenes de la escritura que la humanidad construyó a través de fábulas. De hecho, es exactamente opuesto: no solo no se entregó como regalo de los dioses, perfecto y completo, sino que requirió de una serie de transformaciones o cambios que desembocaron en la vía de representación gráfica de los sonidos de las lenguas (en la gran mayoría de las lenguas que se hablan en el mundo). Si bien la mayoría de las lenguas (que tienen sistema de escritura) poseen una escritura alfabética, esto no significa que la mayor cantidad de habitantes del mundo posean un sistema de escritura que represente la oralidad. Y esto se debe a que más de la mitad de los habitantes del mundo hablan una lengua cuyo sistema ortográfico no necesariamente es alfabético: más del 59% de la población mundial está en Asia.

Es innegable que en los sistemas alfabéticos la escritura implica un estatus derivativo respecto del habla. Sabemos que el habla es anterior a la escritura, ontogenéticamente anterior en la vida de las personas. Sin embargo, todas las comunidades tienen una lengua oral plenamente desarrollada pero solo algunas tienen escritura. Esto es, el habla se entiende como una actividad lingüística primaria, que se adquiere de forma natural, sin necesidad de una instrucción directa intencional, mientras que la lectura se constituye como una actividad lingüística secundaria, derivada del habla y que necesita de instrucción directa intencional para su aprendizaje. Y muchas de las lenguas que se han hablado en el mundo, y también algunas que hoy en día se hablan, no poseen un sistema de escritura. Aquí *deformación*, naturalización, nuevamente. ¿Son

lenguas incompletas? ¿Hay sistemas de escritura mejores que otros, más evolucionados? Y una pregunta más: ¿se puede elegir el tipo de sistema y de qué dependería esta elección?

En la misma clasificación de los sistemas de escritura postulada por lxs lingüistas podemos observar algunos de los significantes que se deformarán para dar lugar a la formación del mito que intentamos desentrañar. Lo que caracteriza su mirada es la misma mirada de la lingüística moderna desarrollada a partir de la fonología: la lingüística aporta a la escritura un punto de vista fonológico. La “mejor” forma de escritura para lxs lingüistas sería la alfabética. Representa menos problemas por una cuestión fácilmente identificable: presenta el mismo carácter lineal de la oralidad y similar articulación de unidades. Además, todas las lenguas occidentales dominantes poseen sistemas de escritura alfabéticos. Sin embargo, esto no prueba en absoluto que la escritura naciera con la intención de representar la lengua oral o dotarla de una transcripción, ni tampoco que una forma de escribir sea mejor que otra.

Tenemos entonces dos visiones sobre la escritura, la lengua y sus vínculos. La primera de ellas sería aquella que llamamos del “sentido común”, del pensamiento dominante y socialmente aceptado como verdadero y natural, en la que existe una incapacidad de separar la escritura de la lengua y de concebir el problema de la escritura de ninguna otra manera que no sea en términos de subordinación y sucesión. La segunda, propia del discurso lingüístico que, al contrario de la anterior, pretende separar *limpiamente* la escritura de la lengua oral para acentuar lo mejor posible los límites de su objeto de estudio, aunque no sin dejar de proyectar sobre la escritura cierta concepción fonológica.

Con una combinación de ambas visiones sobre los sistemas ortográficos, se ha llegado fácilmente a una conclusión que justamente deberíamos revisar: la mejor forma de escritura es la alfabética. Y no lo afirmamos nosotrxs. Fue Rousseau quien afirmó que:

Estas tres maneras de escribir responden con bastante exactitud a tres estados diferentes bajo los cuales se pueden considerar las naciones constituidas por los hombres. El dibujo de los objetos corresponde a los pueblos salvajes; los signos de las palabras y de las preposiciones a los pueblos bárbaros; y el alfabeto a los pueblos civilizados. (Rousseau 2006 [1781]: 508).

Esto sería considerar a los aztecas como salvajes y a los chinos como bárbaros. Aquí entonces van construyéndose y asociándose significaciones, en el sentido en el que Barthes nos afirmaba que el pensamiento burgués naturalizaba determinadas concepciones asociadas que deformaban esos significados. Y estas son algunas de las ideas establecidas que pueden resultar conducentes a respaldar ciertas formas de racismo que consolidaron, de un modo u otro, la pretendida superioridad de nuestro occidente.

5. ¿Quién elige el sistema de escritura?

Una pregunta válida, siguiendo nuestra línea de pensamiento, es si efectivamente existe universalidad en los procesos de escritura. Para responder esta cuestión, fue Frost (2012) quien realizó un análisis de cinco sistemas ortográficos (del chino al finlandés) para extraer una posible universalidad de los procesos de lectura y escritura. En esta investigación determinó que las características de los sistemas de escritura no son arbitrarias, sino que dependen de características de la lengua que representan. Por ejemplo, la lengua china es monosilábica (casi todos los morfemas tienen una sola sílaba) y las sílabas no tienen más de cuatro fonemas, lo que supone aproximadamente 1300 sílabas. Esto lleva a que existan abundantes homófonos⁴ y es frecuente que una misma sílaba tenga hasta 20 significados diferentes. Aunque las sílabas se pronuncian con diferentes tonos (alto, bajo, creciente y descendente), lo que permite hacer distinciones de significado, la homofonía es siempre considerable. Por tanto, la estructura de la lengua china hace ineficiente un sistema alfabético. El sistema ortográfico más adecuado es probablemente el actual ya que permite distinguir los significados de los homófonos adoptando ortografías diferentes, a pesar de su pronunciación idéntica.

En español el número de sílabas por morfema varía y las sílabas pueden tener entre uno y cinco fonemas, dando una combinatoria suficiente para fabricar palabras sin generar homofonía excesiva. Esto hace que un sistema alfabético sea adecuado para representar (casi) sin ambigüedad todos los significados en español.

Entonces, decir que una lengua (o una comunidad determinada) opta por un sistema ortográfico particular es incorrecto. Es esta comparación de los sistemas de

⁴ Llamamos *homófonos* a las palabras que suenan igual (es decir, coinciden en su forma fonológica) pero su significado es diferente. Podemos hablar de homófonos no homógrafos o heterógrafos (palabras que suenan igual pero se escriben distinto, como “hola” y “ola”) u homófonos que también son homógrafos (por ejemplo, la palabra “banco”, que tiene dos posibles significados).

escritura la que nos indica que todxs intentan maximizar la eficacia del procesamiento de la información semántica y fonológica contenida en el texto con el mínimo de signos ortográficos posible.

Ahora bien, podemos tratar de, lo más objetivamente posible, pensar en las desventajas de un sistema logográfico, como la complejidad para su aprendizaje, los requerimientos de mayor memoria. Lxs especialistas consideran que, aproximadamente, tardaríamos unos 20 años en aprender todos los signos del sistema, lo que permite que pueda considerarse, en algún aspecto, elitista, puesto que no todxs pueden acceder al sistema por completo. Sin embargo, como ventaja principal se menciona que los diferentes dialectos del chino, por ejemplo, comparten igualmente el sistema de escritura, por lo que pueden “entenderse” siempre, aun cuando unx desconozca el dialecto que hable otrx. Otrxs investigadorxs señalan también como ventaja que este tipo de escritura pone el acento en la significación y que responde mejor a la capacidad perceptiva.

Del mismo modo, los sistemas alfabéticos presentan una clara desventaja en la necesidad de mayor abstracción y la necesidad de poner en juego una serie de recursos cognitivos más complejos para su aprendizaje. Como ventajas, implican menos memoria que los logográficos, la cantidad de signos son relativamente pocos. Y, por último, una vez que se maneja cognitivamente el principio alfabético, puede escribirse (y leerse) todas las palabras de la lengua, lo que implica mayor democratización en tanto sistema: todxs pueden aprenderlo.

6. Todas las lenguas tienen el sistema ortográfico que se merecen

Aquí, como mitólogxs, entenderemos que este enfrentamiento entre mejores y peores sistemas de escritura descansa en un enfrentamiento que excede a la escritura como sistema y que se adapta a un discurso hegemónico y dominante enmascarando, en una supuesta *evolución* de los sistemas de escritura, una justificación de ciertas concepciones sobre las diferentes sociedades del mundo.

Estas cuestiones suponen cierto tipo de conformismo y pueden constituirse como compulsiones colectivas: las mejores formas de escritura y, por consiguiente, del desarrollo humano, se corresponden con las lenguas hegemónicas europeas, que poseen un sistema de escritura, en primer lugar, y uno de tipo alfabético, en segundo lugar. Este

pensamiento, arraigado en la concepción de Rousseau, excede a la escritura como instrumento de simbolización del pensamiento para pasar a ser un argumento más del desarrollo del pensamiento y su avance.

En esta serie de reflexiones esgrimidas sobre la lengua escrita, como la subordinación de la escritura a la palabra y la capacidad de esta habilidad de darle “voz” a un locutor ausente, nos encontramos con la afirmación de que, sin la escritura, una lengua no podría permanecer en el tiempo. Y, lo que es todavía una afirmación más fuerte, la escritura sería una forma de “completar” una lengua. A su vez esto implicaría que la oralidad tiene entonces una falla constitutiva: es fugaz. Y esa fugacidad solo se compensa con el nacimiento de la escritura, que desciende de una lengua y la completa. Claramente, y siguiendo esta línea de pensamiento, existen lenguas incompletas, aquellas que no poseen escritura.

Esta expresión, propia del sentido común, no se ha gestado sin esta serie de mitos asociados que intentamos desentrañar. Si los mitos son justamente aquellos que naturalizan lo que ideológicamente se considera el sentido común, como vemos, la escritura no queda exenta de esta transmisión de lxs productoxs de mitos (y de lxs consumidorxs, por supuesto) que arraigan cuestiones que hemos querido exponer en detalle. Aquí, haciendo un *mea culpa*, lxs lingüistas tenemos parte de la responsabilidad. Muchxs de ellxs apuntalaron con sus obras esta concepción de subordinación de la escritura a la oralidad.

Al notar que la descripción de una lengua no puede ni debe apoyarse en otra cosa que no sea su forma oral (lo que implica que la escritura es meramente una transcripción) esto refuerza esa concepción propia del “sentido común”. Sin ir más lejos, Saussure (1916/1998) afirmaba que lengua y escritura son dos sistemas distintos de signos y que la única razón de ser del segundo consiste en representar al primero⁵. En un sistema de tipo alfabético, en el que las unidades representan los sonidos de la lengua, esta afirmación es clara: existe una evidente subordinación de la escritura a la oralidad. Pero esto no es lo mismo para todas las lenguas. No lo es para las lenguas cuyo sistema de escritura es logográfico, y tampoco lo es para la importante cantidad de lenguas que no poseen sistema

⁵ Es interesante notar también que existe una ausencia de descripciones de gramáticas de las lenguas americanas que no poseen escritura. No será tema de este artículo, pero no podemos dejar de mencionar que este sesgo existe también respecto de la oralidad. Las descripciones sobre las relaciones entre oralidad y escritura, pero también las descripciones de las gramáticas de las lenguas, se basan en la hegemonía de las lenguas que poseen escritura. Esto suma consideraciones tendientes a las mismas conclusiones que queremos aquí exponer.

de escritura. Existe una clara hegemonía de la descripción de las lenguas que son occidentales (y hegemónicas, valga la redundancia). Decía Barthes entonces que, en este sistema semiológico segundo, en el que significado y significante se convertían en significante para asociarse a un nuevo significado o concepto, encontrábamos en esas significaciones nuevas el mito mismo: las lenguas que no poseen sistema de escritura, y aquellas que poseen un sistema de escritura “menos evolucionado”, corresponden a sociedades menos avanzadas.

Todas estas consideraciones y concepciones sobre los sistemas de escritura y las sociedades que la vieron nacer y desarrollarse refuerzan la idea de que hay mejores y peores sistemas de escritura. La escritura, concebida como un regalo divino, comporta en sí una negación de lo histórico, de lo político (en relación con la escritura y la política lingüística en la historia de los pueblos) y de las transformaciones sufridas en pos de una efectividad cada vez mayor y un uso social cada vez más amplio. Esto no deja de tener consecuencias sobre las representaciones que nos formamos, que nutren al sentido común, y que comprenden la transformación de estos sistemas solo en una dirección: la llegada de la transcripción de la oralidad en los signos gráficos. Todos los sistemas anteriores serían menos eficientes, menos evolucionados y, por lo tanto, sus sociedades deberían serlo. Esto implica que se ha logrado equiparar, a partir de los diversos estudios lingüísticos y sociológicos sobre los pueblos, los cambios o transformaciones de las formas de escritura a sus capacidades de pensamiento, de desarrollo y hasta de civilización. Las formas de escritura también tienen su propia forma de aportar al clásico “civilización o barbarie”.

Por último, las consideraciones aquí expuestas también dejan entrever que debería existir la posibilidad de elegir el sistema, en congruencia con el avance de la misma sociedad. Esto, sin dudas, transmite una evidente superioridad de la cultura occidental sobre la asiática. Pero no resulta correcto desde un punto de vista funcional: no todas las formas de escritura pueden adaptarse exitosamente a las lenguas de las que derivan. Son las mismas lenguas las que condicionan⁶ cuáles son los sistemas de escrituras más

⁶ Somos conscientes de la personificación de la lengua como una entidad “disociada” de sus hablantes. Esto tiene dos objetivos. Por un lado, resaltar el papel de la lengua en sí como condicionante del sistema ortográfico más efectivo. Por otro, mediante esta aparente disociación, podemos eliminar la posibilidad de *elección* del sistema por parte de la comunidad hablante. No ingenuamente, esta personificación nos permite, de una u otra manera, desmitificar, desnaturalizar y recomponer esa deformación que el mito lleva consigo.

eficientes con la menor cantidad de signos gráficos posibles, aumentando así la eficiencia del instrumento.

Como vemos, la escritura no quedó exenta en esta puja de superioridades hegemónicas.

Referencias

- Barthes, Roland (1999 [1957]). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Calvet, Louis Jean. (2008). *Historia de la Escritura. Desde la Mesopotamia hasta nuestros días*. Buenos Aires: Paidós.
- Frost, Ram (2012). Toward a universal model of reading. *Behavioral and Brain Sciences*, 35, 1-67.
- Gelb, Ignace (1993). *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goody, Jack (1986). *The logic of writing and the organization of society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ong, Walter (1982). *Oralidad y escritura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, Jean-Jacques (2006 [1781]). *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. México: Fondo de cultura económica.
- Saussure, Ferdinand (1998). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza.